

Hubiera querido que el dolor, Thérèse, te entregase a Dios y, durante mucho tiempo, desee que fueras digna del nombre de Santa Locusta.¹ Pero muchos que, sin embargo, creen en la caída y en la redención de nuestras almas atormentadas, hubieran gritado ante tal sacrilegio.

Al menos, en esta acera donde te abandono, tengo la esperanza de que no estés sola.

¹ Esclava de la Antigua Roma que actuó como envenenadora de confianza al servicio de Agripina envenenando a Claudio y a su hijo Británico. (*N. de la T., como todas las demás*).



El abogado abrió una puerta. Thérèse Desqueyroux, en aquel pasillo oculto del Palacio de Justicia, sintió la bruma en la cara y la aspiró profundamente. Temía que la estuvieran esperando, dudaba en salir. Un hombre, con las solapas alzadas, se separó de un platanero. Ella reconoció a su padre. El abogado gritó: «Sobreseimiento» y después se dirigió a Thérèse.

—Puede salir, no hay nadie.

Bajó los peldaños mojados. Sí, la plazoleta parecía desierta. Su padre no la besó, ni siquiera la miró. Interrogaba al abogado Duros que respondía a media voz, como si los estuvieran espiando. Ella oía sus palabras confusamente:

—Mañana recibiré la notificación oficial del sobreseimiento.

—¿Ya no puede haber sorpresas?

—No, se acabó el juego, como suele decirse.

—Tras la declaración de mi yerno, estaba cantado.

—Cantado... cantado... nunca se sabe.

—Puesto que, según su propia confesión, no contaba nunca las gotas...

—Ya sabe, Larroque, en este tipo de asuntos, el testimonio de la víctima...

La voz de Thérèse se elevó:

—No hubo víctima.

—He querido decir: víctima de su imprudencia, señora.

Los dos hombres, durante un instante, observaron a la joven inmóvil, arrebujada en su abrigo, y ese rostro lívido que no expresaba nada. Preguntó dónde estaba el coche, su padre la había hecho esperar en la carretera de Budos, fuera de la ciudad, para no llamar la atención.

Cruzaron la plaza, las hojas de platanero estaban pegadas a los bancos empapados de lluvia. Afortunadamente, los días se habían acertado bastante. Además, para llegar a la carretera de Budos, se pueden seguir las calles más desiertas de la subprefectura. Thérèse caminaba entre los dos hombres, a los que miraba de frente, y de nuevo discutían como si ella no estuviera presente, pero, molestos por ese cuerpo de mujer que los separaba, lo empujaban con el codo. Entonces se quedó un poco atrás y se quitó el guante de la mano derecha para arrancar el musgo de las viejas piedras que iba bordeando. A veces un obrero en bicicleta, o una carreta, la adelantaban y las salpicaduras de barro la obligaban a agazaparse contra el muro. Pero el crepúsculo envolvía a Thérèse, evitaba que los hombres la reconocieran. El olor a panadería y a neblina ya no era para ella únicamente el olor del atardecer en un pueblo, reconocía en ello el olor de la vida que se le había devuelto al fin. Cerraba los ojos al aliento de la tierra dormida, herbácea y mojada, se esforzaba por no oír los planes del hombrecito de piernas cortas que, ni una vez, se había vuelto hacia su hija. Se habría podido desplomar al borde de aquel camino: ni él ni Duros se habrían dado cuenta. Ya no temían alzar la voz.

—La declaración de monsieur Desqueyroux fue excelente, sí. Pero estaba esa receta: a fin de cuentas, se trataba de

una falsificación... Y fue el doctor Pédemay quien había puesto la denuncia...

—Ha retirado su denuncia...

—Aun así, la explicación que ella dio: ese desconocido que le entrega una receta...

Thérèse, menos por fatiga que por escapar de aquellas palabras con las que la mareaban desde hacía semanas, disminuyó el paso en vano, imposible no oír el falsete de su padre.

—Se lo he dicho una y otra vez: «Pero, infeliz, encuentra otra cosa... encuentra otra cosa...».

Se lo había dicho lo suficiente, en efecto, y podía tener la conciencia tranquila. ¿Por qué sigue inquietándose? Lo que él llama el honor del apellido está a salvo, de aquí a las elecciones senatoriales, nadie se acordará de esta historia. Así fantasea Thérèse, que quisiera no alcanzar a los dos hombres. Pero en el fuego de la discusión, se paran en medio de la carretera y gesticulan.

—Créame, Larroque, afróntelo. Tome la ofensiva en *Le Semeur* del domingo, ¿prefiere que me encargue yo? Haría falta un título como *El rumor infame...*

—No, amigo, no, no. Además, ¿qué responder? Es demasiado evidente que la instrucción se ha hecho de cualquier manera, ni siquiera se ha recurrido a los peritos en escritura. El silencio, el ahogamiento, no conozco otro medio. Voy a intervenir, voy a ponerle precio, pero, por la familia, hay que tapar todo esto... hay que tapar...

Thérèse no oyó la respuesta de Duros, pues habían aligerado el paso. Respiró otra vez la noche lluviosa, como un ser amenazado de asfixia y, de repente, se despertó en ella el rostro desconocido de su abuela materna, Julie Bellade... desconocido.

En vano se hubiera buscado en casa de los Larroque o de los Desqueyroux un retrato, un daguerrotipo, una fotografía de aquella mujer de quien nadie sabía nada, solo que un día se fue. Thérèse imagina que ella misma podría haber sido borrada así, destruida, y que más tarde ni siquiera se le habría permitido a su hija, a su pequeña Marie, encontrar en un álbum la imagen de aquella que la trajo al mundo. Marie, a esta hora, ya se duerme en una habitación de Argelouse adonde Thérèse llegará tarde esta noche, y entonces podrá oír en las tinieblas, ese sueño infantil, se inclinará, y sus labios buscarán, como si de agua se tratara, esa vida dormida.

Al borde de la cuneta, los faroles de una calesa, cuya capota estaba bajada, iluminaban dos grupas flacas de caballos. Más allá se erigía, a derecha e izquierda de la carretera, una sombría muralla de bosque. De un talud al otro, las copas de los primeros pinos se unían y, bajo este arco, se internaba el camino misterioso. Sobre ella, el cielo se abría como un lecho cubierto de ramas. El cochero contemplaba a Thérèse con voracidad. Cuando le preguntó si llegarían a tiempo a la estación de Nizan para coger el último tren, él la tranquilizó, pero aun así, valía más no demorarse.

—Es la última vez que le doy este suplicio, Gardère.

—¿La señora no tiene nada más que hacer aquí?

Ella agitó la cabeza y el hombre la siguió devorando con los ojos. ¿Tendría que soportar que la examinasen así toda su vida?

—Entonces, ¿estás contenta?

Su padre parecía darse cuenta por fin de que estaba allí. Thérèse, con una breve mirada, escrutó el rostro manchado de hiel, esas mejillas erizadas de pelos duros de un blanco amarillento que los faroles iluminaban vivamente. Le dijo en voz baja:

—He sufrido tanto... estoy destrozada...

Luego se interrumpió, ¿para qué conversar? Él no la escucha, ya no la ve. ¿Qué le importa lo que Thérèse padezca? Solo se interesa por la interrupción de su ascenso al Senado, comprometido por culpa de esta hija —todas ellas unas histéricas si es que no son idiotas—. Por suerte, ya no se llama Larroque, es una Desqueyroux. Una vez esquivado el tribunal penal, puede respirar. ¿Cómo evitar que los adversarios sostengan la querrela? Mañana mismo irá a ver al prefecto. Gracias a Dios, tiene al director de *La Lande Conservatrice* bajo control: esta historia de chiquillas... Coge a Thérèse del brazo:

—Sube rápido, es la hora.

Entonces el abogado —puede que pérfidamente para que Thérèse no se marchara sin haberle dirigido palabra alguna— preguntó si iba a reunirse esa misma noche con monsieur Bernard Desqueyroux. Ella respondió:

—Pues claro, mi marido me espera...

Comprendió, por primera vez desde que se había despedido del juez, que en efecto, en unas horas, cruzaría el umbral de la habitación donde su marido estaba acostado, aún un poco enfermo, y que se iniciaba una sucesión de días, de noches, a lo largo de los que debería vivir siempre pegada a ese hombre.

Instalada en casa de su padre, a las puertas de la pequeña ciudad, desde el inicio de la instrucción del sumario, sin duda había hecho a menudo el mismo viaje que emprendía esa noche, pero entonces no tenía más preocupación que la de informar a su marido. Escuchaba, antes de subir al coche, los últimos consejos de Duros acerca de las respuestas que debía dar monsieur Desqueyroux cuando le interrogaran de nuevo —ninguna angustia por parte de Thérèse en aquel momento,

ningún malestar en cuanto a la idea de reencontrarse cara a cara con aquel hombre enfermo; no se trataba entonces de lo que había pasado de verdad, sino de lo que era importante decir o no decir—. Jamás los dos esposos habían estado más unidos que por esta defensa, unidos en una sola carne —la carne de su pequeña Marie—. Reconstruían, de cara al juez, una historia simple, bien trabada y que pudiera satisfacer su lógica. Thérèse, en aquel momento se subía a la misma calesa que la espera esta noche, ¡qué impaciencia por acabar ese viaje nocturno del que ahora no desea ver el final! Recuerda que nada más subir al coche, hubiera deseado estar ya en aquella habitación oscura de Argelouse, y se acordó de la información que Bernard Desqueyroux esperaba: que no tema afirmar que ella le había hablado una noche sobre aquella receta de la que un desconocido le había suplicado que se encargase, con el pretexto de que no osaba ir a ver al farmacéutico, a quien debía dinero..., pero Duros no era del parecer de que Bernard llegase a afirmar que se acordaba de haberle reprochado a su mujer tal imprudencia...

Una vez disipada la pesadilla, ¿de qué hablarían esta noche, Bernard y Thérèse? Imagina la casa perdida donde él espera, imagina la cama en el centro de esa habitación embaldosada, la lámpara baja sobre la mesa, entre periódicos y frascos... Los perros guardianes que el coche ha despertado aún ladran, luego se callan y de nuevo reinará ese silencio solemne, como durante las noches en que ella contemplaba a Bernard, presa de vómitos atroces. Thérèse se esfuerza en imaginar la primera mirada que pronto intercambiarán, luego, esa noche, y el día siguiente, el otro día, las semanas, en esa casa de Argelouse donde ya no tendrán que construir juntos una versión confesable del drama que han vivido. No habrá nada entre ellos, sino

lo que hubo realmente... lo que hubo realmente... Presa del pánico, Thérèse balbucea, se vuelve hacia el abogado —pero es al viejo a quien se dirige—:

—Pienso instalarme unos días junto a monsieur Desqueyroux. Luego, si la mejoría persiste, volveré con mi padre.

—¡Ah! ¡Eso no, no, no, pequeña!

Y como Gardère se agitaba en su asiento, monsieur Larroque continuó en voz baja:

—¿Te has vuelto loca de remate? ¿Dejar a tu marido en este momento? Tenéis que ser como uña y carne... como uña y carne, ¿me has oído? Hasta la muerte...

—Tienes razón, padre. ¿Dónde tendría la cabeza? Entonces, ¿vendrás tú a Argelouse?

—Pero, Thérèse, os esperaré en casa los jueves de feria, como siempre. ¡Vendréis como siempre habéis venido!

Era increíble que no comprendiese que la más mínima excepción en sus costumbres sería su muerte. ¿No estaba lo bastante claro? ¿Podía contar con Thérèse? Bastante dolor había causado ya a la familia...

—Harás todo lo que tu marido te ordene. No te lo puedo explicar mejor.

La empujó al coche.

Thérèse vio la mano del abogado aproximarse a ella, sus duras uñas negras:

—Bien está lo que bien acaba —dijo él, y lo dijo de corazón.

Si el asunto hubiese seguido su curso, apenas habría obtenido beneficio pues la familia habría recurrido al letrado Peyrecave, del Colegio de Abogados de Burdeos. Sí, todo iba bien...